

Dirigios á aquel árabe, proporcionadle pólvora y balas, cosas preciosas que rara vez posee, y mira siempre con envidia; armadle de un fusil, sea el que fuere, mientras sirva para hacer fuego, y conducidle luego á la caza del león.

Veréis á aquel árabe de raza, unas veces paciente, otras lleno de vehemencia, artero y audaz.

Pero aparece el león, las melenas al viento y agitando nerviosamente la cola, y sus ojos inyectados de sangre. El peligro es grande, pero el árabe ama el peligro, y no huye; y hará fuego sobre la fiera aunque ésta le destroce y triture á vuestra presencia.»

Tal es el retrato de los árabes de las tribus en que el yatagán de los *chaouchs* turcos no le han envilecido.

Los devotos de San Huberto hallarán, pues, entre los árabes, arrojados compañeros de caza.

Los indígenas cazan el león en todas las provincias argelinas, y todos los puestos militares reciben despojos de feroces alimañas.

La provincia de Bona, por ejemplo, recibe anualmente, por término medio, dos pieles de león. En cada subdivisión existen cuatro *bureaux* árabes. Suponiendo, pues, que cada puesto árabe recibe dos despojos de león por año, en la provincia de Constantina existen más de treinta felinos.

«Los árabes,—continúa Bechade,—⁽¹⁾ cazan de día en batida y al acecho de noche.

La caza de día se realiza á pie ó á caballo.

Cazar de día significa ir á buscar á la fiera en su misma guarida.

Treinta ó cuarenta indígenas, armados algunos de *mukales* (espingardas), sin albornoces, y llevando arrollado sólo un ligero *chechia* ó pañuelo rojo á la cabeza, y cubierto el cuerpo con una larga camisa, rodean la guarida del león.

A una señal del jefe de los árabes, los ojeadores, desprovistos muchas veces de armas, avanzan con gran estrépito y clamoreo, arrojando piedras en todas direcciones.

Una piedra da al fin sobre la guarida del león, que sacude su melena, lleno de estupor y de cólera. Una lluvia de guijarros es el cartel de desafío que lanzan sobre su cabeza.

El león sale, al fin, de su antro, espeso y sombrío retiro en el fondo de las fragosidades del monte. Mira á derecha y á izquierda, y ve por doquier enemigos en actitud amenazadora.

La fiera parece vacilar; y, á semejanza de un gato

(1) *La chasse en Algérie.*

gigantesco amenazado, agita la cola y respira ruidosamente.

Los ojeadores gritan con nuevo furor y estrépito, y excitan al león.

El felino se aleja de la tropa turbulenta, y se dirige hacia el grupo armado. Pero en lugar de tratar de huir, como la pantera en idéntico caso, avanza al paso; los ojeadores, á una distancia respetuosa del león, gritan, aúllan y alborotan sin cesar.

El animal, impasible y con singular audacia, avanza siempre, y llega paso á paso junto al grueso de la columna de cazadores.

De repente suena una espantosa detonación; y cuando el humo que oscurece la vista se ha desvanecido sucede casi siempre que, si el león no cae, como herido por el rayo, muerto en el acto, uno de los cazadores falta de las filas.

En este último caso, sólo herida, la fiera ha dado un prodigioso salto, y de una manotada ha derribado á uno de los árabes; y aun algunas veces le arrebata y arrastra algunos pasos.

Los árabes avanzan intrépidamente, y hacen fuego de nuevo. Si su compañero no ha muerto en el acto, desgarrado por el león, tiene probabilidades de salvarse, pues la fiera le abandona para hacer otra vez frente á los cazadores.

Puede suceder, pero el caso es raro, que el león, en su agonía, tenga la cabeza del herido cazador dentro de su gola; y entonces, en las convulsiones de sus últimos instantes, la fiera tritura la cabeza del desdichado árabe.

Los árabes tienen gran cuidado de no hacer fuego cuando ven á su compañero en tan apurado trance, y esperan, para disparar, que el león fije la atención en los cazadores, y abandone á la víctima.

Cuando el león ha recibido sólo leves heridas, también falta de las filas un cazador; pero muchas veces sale con algunos rasguños y ligeras contusiones, y la fiera huye y escapa entre los matorrales de cactus y lentiscos, en busca de un nuevo refugio.

Los cazadores, más audaces que nunca, persiguen á la fiera, y la caza vuelve á empezar.

En estas cazas, los árabes no rehusan un sitio de honor al europeo, en una de las alas de las columnas, por deferencia, y para aquilatar la bravura y sangre fría del cazador.

En semejantes casos, si queréis conquistar la estima de los árabes, portaos como buenos, y mostrando, sobre todo, sangre fría. Dominaos, y que vuestra fisonomía no traduzca las naturales impresiones que producen las escenas de la caza del león.

Sed mudos; los árabes os miran y os juzgan. «Es un hombre valeroso,—dicen;—es un prodigio de hechos, y no una máquina de palabras.»

En estas grandes cacerías no correis un exagerado riesgo; y si un león herido se lanza sobre un cazador rara vez es europeo.»

Bechade atribuye semejante privilegio á que el león tiene rencor al árabe, y que respeta al europeo, cuyo traje y aspecto le imponen. Este misterio se explica por el cálculo de probabilidades de que el europeo es uno solo, entre treinta ó cuarenta árabes.

«Tomé parte en una gran cacería con árabes de la tribu de Treats.

El león, al recibir la primera descarga, quedó sólo levemente herido, y dió un prodigioso salto, cayendo sobre la otra ala de cazadores.

El felino con sus garras había arañado ligeramente la frente de un árabe, y le había arrancado su *chechia* (pañuelo).

Ofrecía el pobre indígena un aspecto tan extraño, con la cabeza afeitada, mostrando en la coronilla

un mechón de pelos, que sus compañeros lanzaron una estrepitosa carcajada.

Molestado el árabe en gran manera por estas risas, liándose el pañuelo, dijo:

—Me vengaré del león que me ha proporcionado semejante rechifla.

El felino fué de nuevo perseguido. Había huido hacia el bosque. Cuando salió de él, se le hizo un fuego ganeado, pero sin matarle.

La fiera, al igual que la vez primera, escogió el mismo árabe, y le arrancó otra vez el pañuelo, que quedó desgarrado y hecho pedazos.

Resonaron nuevas y estrepitosas carcajadas, que llevaban trazas de no extinguirse.

—El león te conoce,—decían unos.

—Has pactado con él, y no nos habías advertido,—añadían otros,

—Eres siempre tú el que en prenda de amistad le abre paso,—decían casi todos.

Y resonaban con más estrépito que nunca las risotadas y gozosas exclamaciones.

El desgraciado árabe estaba furioso.

Poco se preocupaba de las caricias que había recibido en la cara de las garras del león, pero sí grandemente de las burlas de sus compañeros, que mortificaban su amor propio.

Lleno de furor y ávido de venganza, cuando la fiera por tercera vez se acercó, hizo fuego á treinta pasos, antes que los otros, y sin aguardar la señal. Anhelaba vengar en la fiera las burlas que hacían en él sus compañeros; y, en efecto, la bala del árabe atravesó el cráneo de la fiera.

El león dobló sus jarretes, disponiéndose á saltar sobre

su agresor y morir sobre su cadáver, cuando, á la voz del jefe, un fuego de pelotón le hirió en el aire, y la fiera fué á expirar á los pies del árabe.

Es un rasgo característico, y poco señalado por los escritores venatorios, que los árabes, el pueblo más grave del globo, que casi nunca ríe, se trueca en la raza más alegre, alborotadora y burlona cuando tiene que afrontar el peligro.

En tales instantes, anhelan sólo no comprometer su dignidad, hallarse en su sitio, y mostrar sobre todo que son *hombres*. Nadie osará decir que sus epigramas ante el peligro son chanzas de niño ó de mujer.



Aichi, cazador nubio

Terminada la caza de un modo feliz, acerquéme al árabe que tan mortificado se había visto por el león, le ofrecí mi pañuelo, y mostrándole el cadáver de su enemigo, que yacía en el suelo, le dije:

—Arrolla este *chechia* á tu cabeza; no será éste quien te lo quitará.

Estas palabras avivaron la cólera del árabe, que injurió y dió grandes puñetazos al león. Creí haber ofendido al cazador, y añadí:

—Vé á visitarme á la ciudad, y prometo regalarte un rico *chechia* tunecino para consolarte del que has perdido.

El árabe se calmó como por ensalmo, y la esperanza de recibir un nuevo pañuelo me valió su amistad y la narración de algunas leyendas en que el león tenía el principal papel y era el ejecutor de la voluntad de Dios para la salud de los buenos y el castigo de los malos.

IV

Cuando los indígenas cazan el león de día y á caballo, los jinetes se ponen en línea á la entrada del bosque. Los ojeadores llenan el espacio de grandes ruidos y estrépito diabólico por el lado opuesto, de suerte que el león se vea forzado á dirigirse hacia el lugar donde están los jinetes.

Los ojeadores, lanzando buenos golpes de piedras, logran que la fiera abandone su guarida.

Los jinetes, cuando ven al león que avanza con aire majestuoso y pasos lentos, se precipitan rápidos como flechas, dan vueltas de molinete con sus espingardas, ó hacen brillar sus yataganes, lanzando frenéticos hurras. Los caballos, estimulados por las espuelas, y más que todo por el olor que exhala el león, se desbocan, y sucede una carrera loca, inaudita, vertiginosa, semejante al huracán.

El león se para asombrado ante esta tumultuosa *fantasía* árabe; presiente el peligro que le amaga, porque por doquier sólo nota enemigos que le rodean, y oye grandes gritos que le amenazan.

Mientras vacila entre penetrar de nuevo en el bosque, donde resuenan los estrepitosos gritos de los ojeadores, ó bien abrirse paso al través de la caballería árabe, suena una señal. Es un ojeador árabe que lleva espingarda ó fusil, que dispara contra la fiera, mientras que los otros, con asombrosa ligereza, ponen pies en polvorosa, trepando á lo alto de los árboles. No

tienen armas, y su misión, por otra parte, ha concluído.

Al oír el disparo, los caballos se encabritan y tiemblan, pues hartos comprenden que el peligro se aproxima.

El león, irritado ante semejante agresión, salta sobre el temerario que ha disparado contra él, pero casi siempre en balde. El árabe ya no está allí; su papel ha terminado abierta la caza; ligero como una ardilla ha trepado también sobre de un copudo y alto árbol vecino.

Entonces el león, enfurecido y que anhela una víctima, dando saltos, se dirige hacia los jinetes, que, rápidos y veloces antes, ahora contienen sus caballos y van al paso al encuentro de la fiera.

Empéñase un fuego granado por todos lados, y después comienza de nuevo la desenfadada *fantasía*, rodean al león y por todos lados se corre la pólvora.

La feroz alimaña, acribillada de balas, vése impotente para vengarse. Espía á su enemigo, dispuesta á lanzarse sobre él veloz como el rayo. Gira, muévase, torna y vuelve á girar en todas direcciones, describiendo un pequeño círculo, para saltar; y veinte veces en un segundo, los jinetes, en su vertiginosa carrera, cambian de sitio.

Esta ardiente sed de venganza, que tiene clavado casi siempre en el mismo terreno al león, le expone á recibir ciertos golpes. Entre la lluvia de balas que recibe, una bien dirigida le toca en la cabeza ó el corazón, y el león expira sin haber herido siquiera á ninguno de sus adversarios, salvo que algún imprudente jinete no haya venido á ponerse al alcance de sus garras; y entonces le destroza en un abrir y cerrar de ojos.

En Song-Abras, donde tenía mando el bravo capitán Fauvel, muerto después á consecuencia de una caída de caballo, se organizó una caza, á la que fué invitado.

Uno de mis compatriotas, que me vió con los arreos de caza y dispuesto á la partida, me dijo:

—¿Me permitis acompañaros? Anhele matar un león, pues esto me daría grande importancia entre mis compañeros cazadores de chochas y perdices.

No pude menos de sonreírme ante tan ingenua confesión, y le pregunté:

—¿Sois buen jinete?

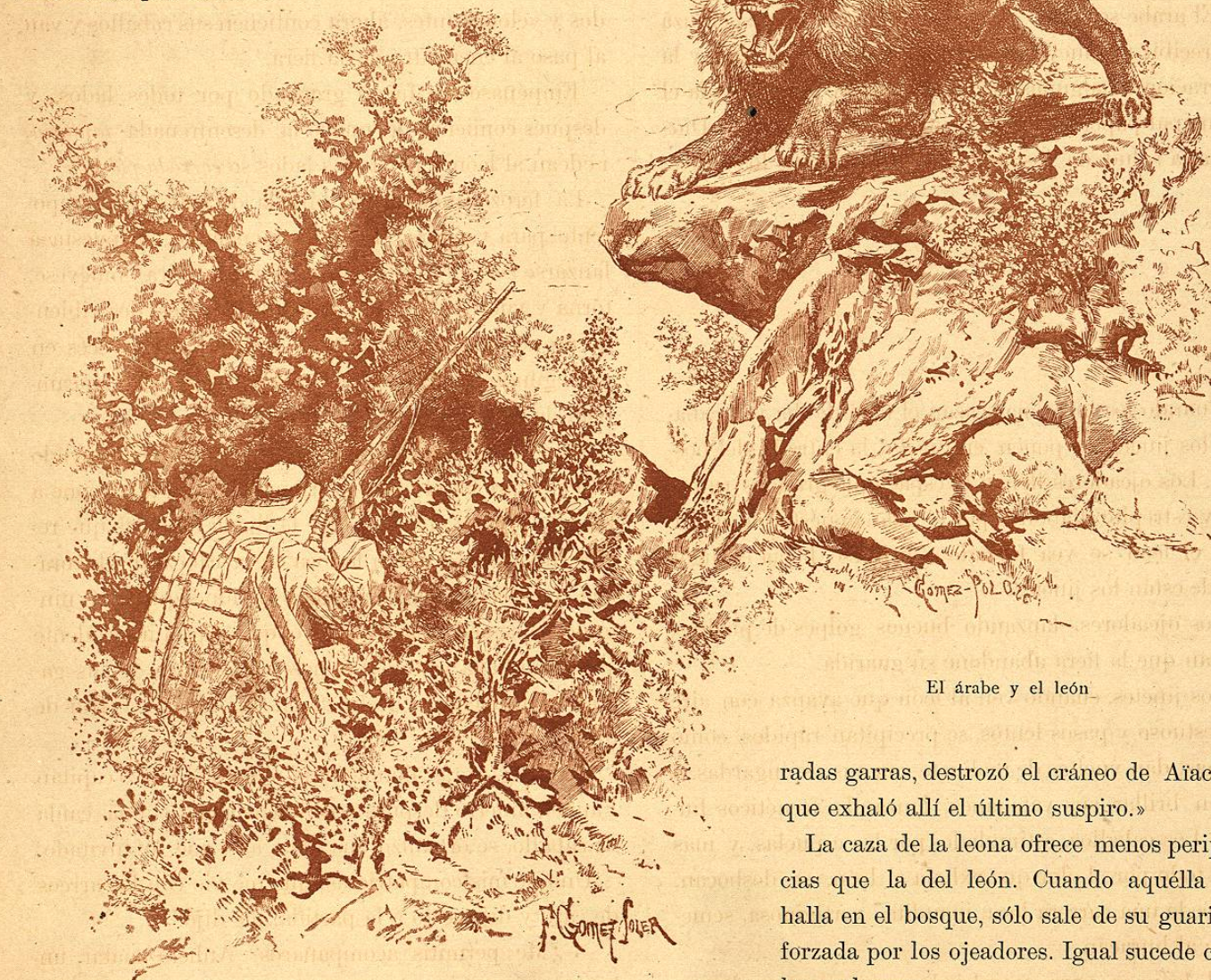
—No alcanzo á comprender,—contestó,—la relación que tiene mi mayor ó menor habilidad de jinete con la caza de leones, donde el más certero tirador debe llevar la palma.

—¡Sea! Pero, si no sabéis montar á caballo, debo advertiros que veréis al león como Moisés vió la tierra

prometida; esto es, un instante; pero no moriréis después como aquel patriarca. Ya estáis advertido, y si, á pesar de ello, os place venir, seguidme en marcha.

Partimos. La caza empezó, y salió el león de su guarida. Miré entonces con sorna á mi compatriota.

El caballo que montaba sacudió violentamente sus crines, dilató las ventanas de sus narices, aspirando ruidosamente el aire, y con él las acres emanaciones de la fiera. De pronto, el caballo volvió grupas, á despecho de los violentos esfuerzos que hacía el jinete para contenerle, y uno y otro desaparecieron cual si fueran arrastrados por un torbellino.



El árabe y el león

radas garras, destruyó el cráneo de Aiachi, que exhaló allí el último suspiro.»

La caza de la leona ofrece menos peripecias que la del león. Cuando aquella se halla en el bosque, sólo sale de su guarida forzada por los ojeadores. Igual sucede con los cachorros.

Sólo cuando la leona tiene cachorros, y les amaga al peligro, es cuando se vuelve terrible. Entonces, sin vacilar, más valiente y audaz que el mismo león, arremete con furia contra los raptos de sus hijos; hace inauditos esfuerzos para matar á sus enemigos y recobrar los pequeños leones.

En semejantes trances, el león, que no suele morar lejos del domicilio conyugal, acude presuroso al auxilio de su familia; pero no muestra tanto furor ni rabia como la hembra.

su tribu *El Aiachi*, que se había distinguido por su arrojo en la *fantasía*, pasaba y repasaba delante de la fiera con imprudente audacia.

Una de las veces, que pasaba al galope, el león dió un prodigioso salto, y sus garras cayeron sobre la grupa del caballo, que paró súbitamente su rápida carrera.

Veloces como el pensamiento, dos jinetes fueron al encuentro del león en aquellos supremos instantes. Uno de ellos descargó su fusil á boca de jarro al oído del animal. Era demasiado tarde: el león, con sus ace-